

OBEDIENCIA HASTA LA MUERTE: LA LIBERTAD COMPROMETIDA EN LA MISION

Hna. Mayte Merino, OP en Capítulo General de Cracovia - 2004

Cuando el Maestro de la Orden me invitó a hablar en el Capítulo sobre "1a obediencia hasta la muerte" me pidió que mis reflexiones fuesen un momento de contemplación del sentido de nuestro voto, un movimiento de inspiración que encontraría su respuesta más práctica y comunitaria en la siguiente reflexión.

Pero claro, ¿qué decir sobre la obediencia que no hayamos escuchado? Es más, ¿cómo enfocar el tema de la obediencia hasta la muerte en un momento histórico en el que la muerte, y todo lo que suene a esfuerzo y renuncia, es rechazada en el fondo de nuestro corazón? Porque con la teoría todos estamos de acuerdo, pero a la hora de vivirlo colocamos mil y una razones encima de la mesa y en nuestra cabeza para adaptar y suavizar esta teoría. ¿Es la teoría algo irreal? La respuesta se la dejamos a los filósofos, aunque no carece de importancia ante el poco impacto que los documentos emanados de la reflexión comunitaria tienen en la vida real.

Tengo que confesar que al ir escribiendo y reflexionando sobre este tema a veces tenía la impresión de que el discurso era demasiado duro para ser escuchado, claro que siempre queda el consuelo de que la misma situación la vivió Jesús en su propia carne después de uno de sus discursos en Cafarnaún, como testimonia San Juan: "Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron; «Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?»" (Jn 6, 60). Pero esto es lo que hay y no creo que nosotros, que nos llamamos la Orden de la Verdad, podamos rebajar unas exigencias hasta acoplarlas a nuestro gusto o que suenen bonitas para nuestro oído. Puede que alguno piense: siempre nos queda el recurso de la dispensa ¿verdad? Yo os invito a que no echemos mano sólo del recurso de la dispensa, sino también del buen humor y de las ganas de vida que todos llevamos dentro de nosotros porque la obediencia hay que tomársela en serio pero no con tristeza o pesadumbre y desde luego no como un camino de sujeción, muerte y sufrimiento sin sentido o con un valor ascético negativo, sino que hay que descubrir en ella toda la vida, la luz, y el amor que esconde.

El esquema que seguiré es un esquema clásico y desde luego nada original. En primer lugar nos adentraremos sobre el significado que esconde dentro la expresión "obedecer hasta la muerte" para pasar después a la persona de Jesús como modelo de obediencia, para concluir con nosotros como seguidores de la obediencia de Cristo.

1. Obediencia hasta la muerte, ¿qué significa?

¿Hasta cuándo prometemos obediencia o hasta dónde ha de llegar nuestra obediencia?

La primera pregunta que tenemos que hacernos es sobre el significado que hay detrás de estas palabras. ¿Queremos decir que prometemos obediencia para el resto de nuestra vida, siendo la palabra muerte únicamente una referencia temporal? ¿O más bien expresamos que prometemos entregar en obediencia la vida, con todo el ámbito de significados y valores que nuestra existencia posee, haciendo que la palabra muerte adquiera por lo tanto una dimensión de mayor intensidad y significado?

Profesar hasta la muerte es insertar nuestra consagración en lo definitivo, no es manifestar el deseo de llegar hasta el final, sino que es decir lo que seremos, desde ahora, para siempre. Porque la muerte fija al ser humano en su destino, le marca con el sello de la irrevocabilidad. La muerte como realidad une todo el pasado, presente y futuro del ser humano. El pasado y el futuro porque nuestro tiempo termina ahí, ya no hay futuro al que mirar y el pasado está

completo. Sólo nos queda el presente, un presente que será eterno. Es consagrar, por lo tanto, todo lo que hemos sido y sellar nuestro futuro, saber que viviremos en el eterno presente de la obediencia.

Prometer obediencia hasta la muerte no es sólo una referencia temporal, sino colocar a la muerte como testigo de nuestro compromiso y de nuestra existencia como consagrados. Sellar definitivamente nuestra vida. Saber que no hay vuelta de hoja. Que a partir de este momento sólo nos queda vivir siempre en obediencia y que ésta no se reduce al espacio de tiempo que precede a la muerte física, que es en otra parte donde tiene su origen y su meta, que mi vida en definitiva no es mía, sino de Otro, un don eterno, porque no se agota en sí misma.

Tampoco podemos olvidar que nuestras palabras son dichas dentro de un marco eucarístico, justo antes del ofertorio, y que precisamente es cerca del altar donde realizamos nuestra profesión. Esto no es una manera de hacer bonita o más emocionante la celebración. Todo esto no está vacío de sentido, sino que nos convierte en víctimas que se unen a Cristo para la salvación del mundo. Ese día morimos. Llámese una muerte sacramental, espiritual o cada uno le ponga el nombre que mejor lo exprese. Pero ese día nos unimos definitivamente a la muerte de Cristo y estrenamos una nueva y definitiva forma de ser y de existir en la que lo daremos todo. Ningún rincón de nuestra alma nos pertenece. Todo lo hemos entregado y por eso se nos puede pedir todo, hasta la vida. Por lo tanto hablar de obediencia hasta la muerte no es sólo cuestión de tiempo, aunque éste está incluido, sino también de intensidad y de sentido, de hasta dónde somos capaces de llegar en nuestra vida de obediencia.

Obediencia y muerte ¿sujetas al pecado?

Ahora bien, unir la obediencia y la muerte en una frase resulta una combinación peligrosa y no siempre fácilmente soportable por lo que en relación con el pecado tienen ambas. Sí hay una constante que se nos repite en la Sagrada Escritura, ésta es que por la desobediencia del hombre entró el pecado y la muerte en el mundo.

En el ser humano está encerrado el deseo de trascender sus límites, sus propias fronteras, El deseo de superación, de ser más. Un deseo legítimo y que todos llevamos dentro. Pero la gran tentación es cómo conseguir esto. Bien como recepción de un don gratuito que se acoge en obediencia alimentándose del árbol de la vida que hay en el centro del jardín, es decir, de Dios mismo como centro de la propia existencia y fuente de nuestra vida, o bien como conquista propia y promoción autónoma, desobedeciendo al mandato de Dios y comiendo del árbol del bien y del mal.

El ser humano está llamado a vivir y existir en obediencia al dador de la vida, a Dios. Pero se dejó llevar por el gran engaño de ver en esta obediencia un límite a la propia libertad. El engaño de una imagen deformada de Dios, temeroso de su criatura. El engaño de una imagen deformada de la propia criatura invitada a la autoafirmación, por encima de sus propias posibilidades.

Y esta es la razón del pecado en el mundo. Un pecado que separa al hombre de Dios, de otros seres humanos y de la propia tierra. Todo será fatiga a partir de ahora. Buscar a Dios y entrar en contacto con él será fatiga. Encontrarse con otros seres humanos será fatiga (que nos lo digan a nosotros que vivimos en comunidad). Sacar fruto y vida de la tierra será fatiga.

Esta ruptura que se produce por el pecado la experimentamos de un modo trágico en la muerte, pues ella nos separa de los seres a los que queremos, nos separa de la tierra cuando, paradojas de la vida, más dentro vamos a estar de ella y nos lleva hacia un lugar en el que dicen que está Dios pero del que nos pueden quedar dudas, como decía uno que se estaba muriendo: "voy a la casa del Padre pero oye, como en la casa de uno mismo no se está".

Esta realidad narrada en el Génesis sigue presente en nuestra vida. Seguimos fuertemente tentados a ver nuestra obediencia y nuestra muerte como algo "malo" que supone un gran sacrificio aceptar.

Puede que alguno de vosotros piense que a qué se debe todo este discurso sobre el pecado original para hablar del sentido que tiene el hacer voto de obediencia hasta la muerte. El punto de conexión está en nuestro carisma como dominicos: "predicar para la salvación del hombre". Porque nuestra predicación no consiste sólo en hablar, sino hacer de nuestra vida un espacio de salvación para el ser humano. Nos hemos consagrado a Cristo para dejar que la vida dada por Cristo a la humanidad fluya a través de nosotros a los hombres, a nuestro mundo. Cristo, presentado como el nuevo Adán, nos invita, según dice San Pablo, a completar en nuestra carne lo que falta a sus tribulaciones (Col 1,24) y si la desobediencia introdujo el pecado y la muerte, nuestra obediencia pasando por la muerte puede ser camino de salvación no sólo para nosotros sino para nuestros hermanos.

Es decir, tenemos que ser responsables ante la exigencia de la vocación y de la misión a la que estamos llamados. Nuestra vida está al servicio de la salvación de la humanidad y hemos de tomar en nuestras manos el peso de esta exigencia en cuanto que no hemos de mirar sólo nuestra propia salvación sino ser conscientes de que los demás, a través de nosotros, también se salvan.

Las constituciones de la Orden dicen, al hablar de la obediencia, que por medio de este voto imitamos de una manera especial a Cristo, sometido siempre a la voluntad del Padre para la vida del mundo.

Por eso aunque parezca demasiado dicho y conocido no podemos dejar de mirar la obediencia en la persona de Jesús, su obediencia hasta la muerte, como el prisma fundamental desde el que hemos de entender la obediencia que por voto emitimos nosotros y el significado profundo de unir la obediencia y la muerte en nuestra profesión.

2. Qué significó para Jesús obedecer hasta la muerte

2.1 La encarnación, libertad comprometida por la misión

Para Jesús vivir es obedecer: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4,34). Una obediencia que se fue expresando a lo largo de su existencia y le llevó desde la encarnación hasta la cruz.

Encarnación, uno de los elementos claves en nuestra espiritualidad y que muchas veces miramos desde la dulzura de la navidad pero que encuentra su significado pleno en Filipenses 2, cuando dice San Pablo: "Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo; el cual siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo".

Sí el pecado de Adán y Eva fue el querer hacerse como Dios desde sus propias posibilidades, sin contar con la presencia del Señor, Cristo da la vuelta a esta realidad y Él, Dios, no retiene su divinidad sino que se despoja de la misma, se desviste de su gloria, se desnuda de su divinidad para hacerse siervo de su criatura. Pero se despoja de su gloria que como ser divino le pertenece para entregarla a los hombres; no es un perder por perder, es perder o "morir" para dar vida a la humanidad.

Jesús hace de esta manera de la obediencia no un acto puntual en su vida, sino una actitud que cruza toda su existencia: "mi alimento es hacer la voluntad del Padre" y por ello asume la realidad del hombre en lo que tiene de compleja y limitada, es decir, que compromete toda su libertad, todo su ser divino y humano para la salvación del hombre. Obedecer para él no es renunciar a su voluntad sino poner toda su libertad y voluntad en la misión y el deseo

del Padre. Y deseo subrayar este aspecto que será fundamental en la vivencia de nuestro voto, la obediencia en Jesús no es renunciar a su libertad, sino poner y comprometer en el plan del Padre toda su libertad.

Este despojarse lo hace por amor y obediencia al Padre. Jesús mira constantemente al Padre, sólo vive de la mirada del Padre y de nadie más. Cuando decimos que Dios es amor queremos decir que Dios es un Dios que se entrega y da constantemente, porque el amor es eso, entregarse, vaciarse de sí mismo. Jesús se encarna por amor y amando, dándose, obedeciendo la voluntad de Aquel que es el centro de su existencia, el amor de su vida. Lo demás irá siendo una consecuencia de esta primera respuesta, de esta primera obediencia.

De nuevo retornamos a Adán, el cual se escondía de Dios, huía de su mirada y de la mirada de su igual, de Eva. Su desnudez era vergonzosa. Pero Jesús, desnudo de su divinidad, busca constantemente que el Padre le mire. No tiene otro amor más que el corazón de su Padre y por eso hacer su voluntad es su alimento, lo que le mantiene vivo en su misión. No se esconde de su presencia sino que su presencia es constantemente buscada, según nos relatan los Evangelios cuando hacen referencia a las veces que Jesús se alejaba para orar.

2.2 Una obediencia hecha historia

Pero este primer acto de obediencia, la encarnación, se hizo historia. Tomó cuerpo y realidad en la vida de Jesús. Si en la encarnación se vacía de su divinidad es durante su vida cuando se vacía de su humanidad, la entrega totalmente hasta el punto de llamarse servidor: "que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 10,45).

Es decir: Jesús vive totalmente descentrado de sí mismo. Su humanidad tiene el centro en Dios Padre. Porque desea cumplir su voluntad se da a los hombres hasta las últimas consecuencias: "ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado" (Jn 14,30). Jesús manifiesta de esta manera cómo quiere ser servido Dios, cómo quiere Dios que se le obedezca: sirviendo a la humanidad, vaciándose en el servicio a la misma.

Jesús, el amor mismo encarnado, sólo sabe vivir dándose. No sabe vivir de otra manera porque no hay otra manera de vivir verdaderamente. Al amarnos nos ofrece a los hombres otra imagen de ser humano. Esa que nadie nos ha descubierto pero que es la más hermosa porque los ojos enamorados sólo saben mirar lo hermoso y bello de aquel a quien ama. Nos dice que la verdadera vida está en dejamos poseer por los otros, en que los hermanos sean nuestros dueños, y esta realidad es bella. Es la novedad del Evangelio, la novedad del mensaje que Jesús nos trajo, porque fue una vida envuelta por el amor. A Jesús le perseguían las masas, no le dejaban descansar, y Él no vivía todo esto con agobio o pesadumbre, sino que colocaba la necesidad de los otros por encima de la suya. Siente compasión por aquellos que andan como ovejas sin pastor (Mt 9, 36).

Jesús nos descubre que el hombre no puede vivir más que sirviendo, ofreciéndose a los otros, dándoles todo lo mejor de la propia persona, dejándose poseer por los otros sin condiciones, por amor. La obediencia de Jesús es por lo tanto la antítesis de la obediencia de Adán, como señala una y otra vez San Pablo: "Así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno sólo todos serán constituidos justos" (Rm 5,19).

2.3 Expolio final en la cruz

Para Jesús vivir es obedecer, y la muerte se encuentra dentro de los actos de nuestra vida. Por eso para Jesús morir era obedecer. La muerte a Jesús no le tomó de sorpresa, fue una posibilidad muy real durante su ministerio público como nos hacen ver claramente sus predicciones y sus comentarios a los

apóstoles. Era consciente de que tendría una muerte violenta y él aceptaba esta posibilidad en su vida. No acogió la muerte de modo pasivo sino de modo activo, porque estaba totalmente implicado en su misión. La obediencia en él no era una aceptación pasiva de lo que le llegaba, sino que actuaba con iniciativa y energía para obedecer al Padre.

Esta acogida se hace manifiesta en la última cena. En ella Jesús celebra sacramentalmente su muerte, en ella se nos da el significado y la comprensión que Jesús tuvo de su propia vida y muerte. Es en ese momento donde nos dice por qué y para qué muere. Su muerte no es una muerte más. El tiene conciencia del significado salvífico de la propia existencia y por lo tanto se entrega conscientemente a sí mismo por obediencia al Padre.

Pero esto no es una manifestación de amor espiritual porque los gestos de Jesús en la cena serán reales en la cruz. No son gestos bonitos sino llenos de dramatismo. Gestos que en ese momento no estaban del todo claros para los discípulos pero que eran figura de su muerte. La obediencia no es sólo una palabra bonita. Prometer obediencia no es un gesto romántico, sino que la experiencia de Jesús nos pone de manifiesto "el costo humano de dolor y renuncia que implica la fidelidad a la obediencia" según palabras del P. Felicísimo Martínez OP.

Un momento que nos habla del significado humano y existencial de la misma es la oración de Getsemaní, no porque nos exprese la angustia del hombre ante la muerte, o sea una experiencia del abandono de Dios y de los discípulos, sino porque aquí está presente el drama de la existencia de Jesús, el drama de una obediencia que le lleva a ser la víctima para la salvación de la humanidad y por lo tanto, él, el santo, tiene que ser entregado en manos del pecado, del mal y del sufrimiento para hacer nuevas todas las cosas.

Aquí la obediencia se traduce en una verdadera agonía, en un abandono total en la voluntad del Padre, en una confianza absoluta de que el poder de Dios le hará salir triunfador de estos caminos difíciles y enredados; de hacer las cosas según Dios, no pensando que son una locura. Jesús no obedece porque así se salva él aunque no esté de acuerdo. Jesús obedece haciendo de este camino su propio camino, asumiendo como suyas las maneras de hacer de Dios.

La muerte real de Jesús es un acto de obediencia no por coherencia personal sino porque deja que Dios diga la última palabra sobre su vida, aunque esta palabra para Él no sea más que silencio. Y este acto de obediencia se hace desde una opción de libertad, Jesús no padece su muerte sino que la vive hasta sus últimas consecuencias. No importa quién es Él, no importa su dignidad como Dios, no importa todo el bien hecho a los hombres. Lo único importante es obedecer al Padre, porque esa obediencia es manifestación de su amor, del amor que profesa a Dios.

3. Qué significa para nosotros obedecer hasta la muerte

Obediencia sin forma

El primer acto de obediencia que realizamos es la respuesta a la llamada vocacional que un día resonó en nuestros corazones. El significado de esta primera obediencia es la que marcará el resto de nuestra vida, porque al decirle sí a Señor le estamos diciendo que comprometemos toda nuestra vida a vivir en obediencia, a ser en obediencia.

Hay quien dice, de este primer momento, que es "la sin-forma" del voto de obediencia; porque es una obediencia que todavía no ha sido introducida en un "molde", es decir, en un carisma concreto y en un estilo de vida concreto. "La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas" (Gn 1,2), este texto del Génesis puede darnos una imagen clara de lo que es esa "sin forma" del primer sí que hemos

dado en nuestra vida al Señor. Es la sin forma que antecede a la creación, donde el Espíritu de Dios, la fuerza creadora de Dios, comienza a brotar desde lo más profundo de la persona para que desde la confusión y oscuridad inicial ese sí se vaya haciendo y traduciendo en una forma concreta de vida, histórica y temporal. Un sí que desde aquí se introduce en una historia que será de salvación no sólo para nosotros mismos sino para la humanidad.

La obediencia por lo tanto, como acto original, no es un evento puntual de nuestra vida como religiosos; no es el sí concreto ante un destino o una responsabilidad. Es la disponibilidad de poner la propia vida al servicio de los demás. La predisposición a salir de nuestro propio mundo y nuestras propias necesidades; de nuestras seguridades y de nuestros sueños personales; salir de nuestros ideales y de nuestras ideas. Vivir siempre desinstalados de nuestro tiempo y de nuestros espacios. Es la disponibilidad a vivir y a participar en la creación de un nuevo mundo en el que no nos faltarán árboles de vida y muerte. Es configuramos con el Dios que se encarna y pone en manos de la humanidad.

Es por lo tanto un modo nuevo de colocarnos ante la vida, un nuevo estilo de ser y estar frente a Dios y los hombres, es vivir en la desnudez ante Dios y ante los otros sin ocultarnos de las posibles llamadas de Dios y sin sentir vergüenza cuando estamos frente a la mirada del hermano con nuestra desnuda realidad. El obediente es el siempre localizado, el que no tiene nada que ocultar ni esconder, el que deja que hagan en su vida porque es en la vida donde se hacen materiales esas manos de Dios que van formando y modelando nuestro barro. La obediencia es la forma radical de la existencia del consagrado. El lugar desde el que se vuelve a andar el camino de Adán pero esta vez junto a Cristo.

En este primer sí somos llamados a una nueva existencia, a un nuevo modo de ser. Y si la muerte nos introduce a una nueva vida, la obediencia se convierte en un espacio de muerte no porque destruya una vida sino porque la recrea, la hace nueva al darse una vez más el estallido del Espíritu en nuestra existencia.

Dios nos toma para sí y nos devuelve renovados, traspasados por su mirada; una mirada que nos embellece y ante la que no intentaremos ocultar nuestra desnudez y nuestra falta porque sabemos que nos renueva diariamente. Obedecer hasta la muerte es dejar que la obediencia sea un espacio y un tiempo escatológico donde algo nuevo está llegando e introducimos en la dinámica de Cristo, identificándonos plenamente con su existencia.

3.1. Libertad comprometida por la misión

Ya hemos apuntado anteriormente como Cristo, en la encarnación, comprometió todo su ser de Dios a la misión encomendada, despojándose de lo que por naturaleza le pertenecía. Obedecer es despojarnos al igual que El de lo que incluso por derecho a nuestra propia humanidad le pertenece: el poder organizar y decidir nuestra vida libremente. Esto lo hacemos desde el convencimiento de que la vida humana se entiende y concibe sólo desde el proyecto de Dios, con la conciencia de que somos llamados y enviados, es decir, que no obramos desde nosotros mismos sino desde el Espíritu de Dios que ha sido derramado en nosotros.

Nuestra libertad se expresa o manifiesta entregándonos al Bien Supremo, porque estamos convencidos de que Dios realiza nuestra libertad, que la libertad no es una conquista humana sino un don mediante el cual nos realizamos y nos comprometemos en servicio al Señor. De esta forma dejamos que sea Dios quien nos salve y nos convertimos en causa de salvación para los demás.

Dejamos que sea Dios quien nos salve cuando descubrimos que en El podemos confiar, que su voluntad no es sacrificio sino don, una gracia que nos enriquece y nos va liberando. La tentación de la serpiente sigue resonando en nuestros oídos cuando pensamos que viviendo en obediencia se ocultan nuestras posibilidades reales, cuando pensamos que desde la obediencia se nos ponen límites.

El desapropiarse de lo personal y vaciarse de sí mismo es una dinámica del Reino, una ley del Reino que Cristo, el Hijo de Dios, tuvo que vivir hasta sus más radicales consecuencias. Y la profesión religiosa, el voto de obediencia que se emite ese día, es la manera o la puerta de entrada que tenemos para formar parte de esa dinámica de vaciamiento. Al consagrarnos a Dios aceptamos hasta las últimas consecuencias nuestra realidad de criaturas necesitadas de Dios y aceptamos con alegría, sin sentirnos amenazados, nuestra realidad humana, con sus grandezas y debilidades, con su eternidad y su finitud, con su vida y su muerte.

Toda nuestra humanidad se entrega al Señor en obediencia, no sólo es un ejercicio de momentos puntuales, sino que nos convertimos en siervos. La humanidad y la vida del dominico son de servicio. Somos servidores de la humanidad cuando: predicamos, enseñamos, oramos, estudiamos, curamos, reflexionamos, aconsejamos, hacemos la comida, limpiamos y lavamos, vamos a hacer las compras, nos reímos, dormimos, estamos con los hermanos, discutimos con ellos, nos sentamos a ver la tele o nos sentamos simplemente para estar sentados... Todo esto es servicio porque para esto nos hemos consagrado, para servir y llevar la salvación de Cristo al mundo. No sólo nuestra vida pública es instrumento de salvación, sino que también nuestra vida privada lo es. Vaciarse de sí mismo es saber que no somos el centro de nada, que sólo el Señor y sus cosas son para nosotros fundamentales, y vivir esto con alegría profunda y evangélica.

Cristo nos salvó por su obediencia al Padre y, nosotros, estamos llamados a seguir en esta dimensión al Señor por carisma. Ya Honorio 111 dijo que nuestra Orden fue instituida para la predicación y salvación de las almas. Llamados a participar en la obra salvadora de Jesús, a veces hemos mirado esta responsabilidad como una serie de acciones positivas que ayuden al hombre a liberarse del pecado, de estructuras injustas; o fomentar su promoción humana como un camino de salvación. Pero nos hemos olvidado de nuestra propia vida, consagrada en su totalidad como lugar y espacio de salvación para la humanidad. Si no creemos en esto es que tampoco creemos en el poder de la oración y la intercesión, porque no hay oración más hermosa que la que compromete toda la existencia.

Nuestra obediencia no se sustenta ni en el miedo al castigo ni en el deseo de un premio, sino que se basa en el amor. Obedecemos por amor. Lo que hace de ella una virtud positiva, lejos del ascetismo o carga de negatividad que poco a poco le hemos ido pegando. Nosotros, al igual que Jesús, no renunciamos a nuestra libertad para ser marionetas sin criterios, sino que ponemos y comprometemos toda nuestra libertad en el plan del Padre. Y esto lo hacemos porque hemos sido tocados en lo más profundo de nuestro corazón por el amor de Dios; y por lo tanto nuestra voluntad, lo que nosotros queremos hacer, es lo que Dios quiere hacer de nosotros a través de las medicaciones que como Orden tenemos: nuestra Regla, constituciones, superiores y comunidad.

3.2 Una obediencia hecha historia

Obediencia es creatividad y discernimiento

Pero ahora bien, esa libertad que comprometemos y ponemos en juego por la salvación de la humanidad, ¿cómo se hace realidad histórica, cómo va tomando forma? En primer lugar destacar que la obediencia no hay que situarla inicialmente en un nivel normativo, moral o ascético. Esto es destruir la obediencia como voto, despojarla de sus rasgos evangélicos e incluso no es obediencia dominicana donde la ley de la dispensa es una señal de que nuestra misión está por encima de la ley. La obediencia hemos de colocarla en un nivel de discernimiento, ¿por qué? Porque vivir en obediencia es vivir apasionados por la voluntad del Padre. No es sólo intentar cumplir su voluntad, sino vivir con pasión esa voluntad.

Hablar de obediencia como de discernimiento implica una gran dosis de vaciamiento y aquí estamos de nuevo a vueltas con el mismo tema. Vaciamiento para no estar encadenados a nuestros criterios, ideas o sueños sino a los sueños del Señor; vaciamiento para no creernos el centro del mundo y aceptar las mediaciones que el mismo Señor ha aceptado, y desde aquí abrir caminos de salvación.

Dios actúa también en la historia. Por eso una de las tareas de la obediencia es saber leer los ya famosos "signos de los tiempos". La obediencia no es algo que nos liga al pasado. No obedecemos para mantener estructuras. No obedecemos a la decrepitud de la letra sino a la vida del Espíritu. Si la obediencia, como hemos dicho, ha de ser una manifestación del amor de Dios hacia nosotros, se tiene que traducir en creatividad e innovación. La obediencia es creativa porque sabe leer en la vida y en la historia la voluntad de Dios, porque es en ella donde se realiza nuestra misión como consagrados.

El Capítulo es un momento de responder en obediencia comunitaria a esta voluntad de Dios. Pero sin olvidarnos de mirar al mundo, a las realidades que en él se dan -haciendo real ese misterio de la encarnación tan importante en el carisma de nuestra Orden - porque podemos correr el peligro de dar respuestas a preguntas que nadie se hace. ¿Cuáles son las preguntas que laten en el corazón de la humanidad?

El don de la salvación es un don ofrecido para los hombres, no para alimentar nuestras mentes sedientas de sabiduría. Tal vez en estos momentos los dominicos tenemos que salir un poco más de nuestras bibliotecas y darle una ojeada al mundo no para después volver a nuestras bibliotecas y escribir excelentes artículos y libros, sino para escuchar la voz del Señor, dejarnos interpelar y estudiar no "en pieles muertas", sirvo en la vida, desde la vida y para la vida, aunque para dar vida a los hermanos tengamos que morir nosotros.

Obediencia no sólo a lo que el Señor quiere sino a "cómo" lo quiere

Nuestra existencia humana se entiende y se ha de entender como una vida que se concibe desde el proyecto trascendente de Dios. Esto toca a lo más hondo de nuestra existencia, pues se tratará de hacer no sólo lo que Dios quiere sino "como" Dios lo quiere. Jesús tuvo que hacer las cosas según su Padre quería.

Puede que en nuestro corazón tengamos grandes deseos, pero lo cotidiano en lo que nos vemos envueltos a veces no se parece en nada a lo que creemos que sería mejor, o puede que consideremos que en otro lugar desplegaríamos mejor nuestras cualidades.

En el mismo Cristo abundó más lo cotidiano y lo ordinario que lo extraordinario, unos treinta años de vida oculta frente a los tres de vida pública. No podemos olvidar que en esos años desconocidos y ocultos para nosotros, también estaba actuando la salvación de Dios para la humanidad. Pero incluso sus años más brillantes, más públicos, no fueron un plan bien elaborado y pensado a lo humano, fruto de largas y científicas reflexiones, sino de una dependencia completa, en el día a día y situación por situación, del querer de Dios.

Obedecer "como" el Señor quiere que se cumpla nuestra misión se traduce muchas veces en una obediencia a lo cotidiano, a lo de todos los días, que es con mucho lo más abundante en nuestra vida. Haciendo lo que tenemos que hacer, cumpliendo fielmente con nuestra obligación, con humildad y sencillez, es la manera más hermosa de actuar como siervos. Es un "sí cotidiano a la cotidiana demanda de amor que el Padre nos dirige".

Lo cotidiano inscribe nuestra vida entre la pasión de quien padece esto cotidiano, pero no como un castigo sino como un plan de Dios, y la acción de quien se siente plenamente comprometido en este proyecto de Dios para su vida y la vida de los hermanos. Y saber discernir en medio de esta pasión se convierte en una tarea ardua y que sólo podemos hacer con ayuda del Espíritu, pues a veces el horario de siempre, el trabajo de siempre, el modo de rezar

de siempre, los hermanos y hermanas de siempre, se convierten para nosotros en una dura coraza o máscara que nos esconden la belleza, la salvación que está actuando, el amor de Dios que se renueva cada día, el poder de Dios que hace nuevas todas las cosas.

Obediencia que se abandona en manos de los hermanos

Este es uno de los puntos posiblemente más controvertidos de nuestra obediencia: el tener que dejar nuestra vida en manos de nuestros hermanos porque a veces eso resulta una verdadera muerte a nuestras ilusiones. Nuestra obediencia a Dios se traduce en una obediencia a nuestro superior y a la comunidad. Esto significa colocarnos ante la realidad con ojos limpios y el corazón purificado, aunque en algunos momentos obedecer tenga como respuesta un profundo y mortífero silencio por parte de Dios, pero un silencio visto con ojos de fe puede ser preludio de una nueva creación. Aquí la obediencia se transforma en una verdadera escuela de vaciamiento de nuestra humanidad, de nosotros mismos.

Si no creemos que de verdad Dios puede hacer nuevas todas las cosas, hasta las más incomprensibles realidades de nuestra vida, nuestra obediencia carece de sentido y no es una obediencia real porque queremos seguir siendo señores y dueños de nuestra vida. Esto no es obedecer hasta la muerte sino que es revivir de nuevo la situación de Adán y Eva. Muchas veces colocamos límites, obstáculos y condiciones a nuestra obediencia y sólo cuando tras el negocio con el superior o comunidad se presenta razonable para nosotros la aceptamos... pero esto ¿es obedecer como Jesús hasta la cruz?

La obediencia a la comunidad y a los superiores requiere un gran grado de libertad para aceptar en algún momento un proyecto distinto al propio, sin sentirse humillado u ofendido. Un gran grado de libertad porque al prometer obediencia hasta la muerte no prometemos negociar con nuestro superior, ni hacer imposible que él o la comunidad puedan adoptar decisiones, ni llevar las cosas de tal manera que al final se haga lo que yo quiero porque he manejado las cosas de tal forma que les queda otra salida. Requiere una gran dosis de libertad porque de lo primero que hemos de liberarnos es de nosotros mismos y así abandonarnos en las manos de los hermanos, aunque a veces lo comparemos con la "burra de Balaam", pero también a través de ella el Señor manifestó su voluntad.

3.3 Obediencia vivida hasta la muerte

Una vida que no me pertenece

A veces los destinos, las nuevas responsabilidades que tomamos en nuestra vida como consagrados son una muerte para nosotros porque suponen dejar proyectos iniciados, personas queridas, lugares conocidos y que forman parte de nuestras vidas. El destino nos hace salir de nosotros mismos y de la vida de los otros, es cierto que no de una manera tan trágica como la muerte, pero a veces hacer las maletas se convierte en una verdadera agonía y no sólo por el lío que nos hacemos de a ver qué me llevo, qué dejo, qué necesitaré, cuántos kilos puedo meter en el avión, etc.

El destino se nos presenta como una muerte porque nos muestran claramente que "nada nos pertenece"; que aquello que creíamos nuestro no lo es; que cuando nos marchemos las cosas poco a poco volverán a su camino, se organizarán de nuevo. que otros vendrán detrás, que harán a su manera la misión encomendada y por la que nosotros trabajamos tanto. Nada nos pertenece y nosotros debemos dejarlo, y podemos dejarlo, no por un ejercicio de ascesis sino por amor. Y es un acto de amor porque al aceptar un destino no podemos mirar atrás sino que hemos de poner la vista en el nuevo lugar, ámbito o responsabilidad que necesita de nuestra vida. La existencia de otras personas necesita asegurarse también por la muerte que supone aceptar destinos o responsabilidades. A veces el criterio de la eficacia es muy fuerte en nosotros, y cuando este criterio aparece desaparece la cruz, que vista de manera racional resulta un tanto extraño. No nos olvidemos que tras la "ineficacia" aparente de la cruz se esconde todo un misterio de salvación para la humanidad. El único criterio que debe haber en nuestro ejercicio de obediencia debe ser el del amor y el de la vida de las nuevas personas a las que seremos entregados.

Obediencia desde la humildad

En nuestra vida hemos de tomar en las palabras de Jesús que nos transmite Lucas: "¿Quién de vosotros tiene un servidor arando o pastoreando y, cuando regresa del campo, le dice: 'Pasa al momento y ponte a la mesa'? ¿No le dirá más bien: 'Prepárame algo para cenar, y cíñete para servirme hasta que haya comido y bebido, y después comerás y beberás tú? ¿Acaso tiene que agradecer al siervo porque hizo lo que le fue mandado? De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer." (Lc 17, 7-10)

Es decir, ¿podemos esperar premios, felicitaciones y recompensas por nuestra obediencia y nuestro servicio en la Iglesia y en la Orden? Tenemos que liberarnos de nosotros mismos -y parece ser una constante en el día de hoy el tema de la libertad - ser libres de las ventajas personales que podemos adquirir por nuestro servicio y vivir totalmente volcados hacia la vida y el bien de los hermanos.

No es sólo cuestión de dar la vida, sino de darla con sencillez, sabiendo que nada nos pertenece, ni el esfuerzo ni el fruto. Todo será entregado para el bien de los hermanos, para la salvación y liberación de la humanidad. Y repito: nada es nuestro, ni el esfuerzo ni el fruto, todo pertenece al Señor y a la humanidad a la que nos hemos entregado a través de nuestra consagración. La obediencia nos hace ser, por tanto, radicalmente pobres hasta el punto de tener que extender nuestras manos pidiéndole al Señor la limosna del Reino, porque no tenemos nada para presentarle, todo lo hemos entregado, absolutamente todo.

Morir en obediencia

La obediencia como hemos indicado nos separa de seres queridos, de lugares y tiempos familiares, pero nunca nos podrá apartar de la razón última de nuestra vida: de Dios. Esta ruptura y separación la viviremos de manera más trágica el día que nos muramos. Pero al mismo tiempo la muerte nos sumerge en el asiento de nuestra vida de manera definitiva, porque vivimos de Dios y para Dios, no de ideales propios, según nos ha ido educando el voto de obediencia a lo largo de nuestra vida.

Nuestra consagración y nuestro carisma dominicano nos introduce plenamente en el gran proyecto de salvación de Dios sobre la humanidad y sitúa nuestra vida en esta dirección y nos hace mirar siempre al mismo horizonte. Y este horizonte no cambia en el momento de morir, al contrario, se hace más real porque el horizonte viene a nuestro encuentro, lo que significa que al morir estamos haciendo el último acto de obediencia de nuestra vida, el último y más hermoso acto de obediencia que podamos hacer nunca.

La muerte nos tiene que alcanzar serenos y satisfechos. Serenos porque la obediencia como estado y estilo de vida nos ha educado en nuestro ser de criaturas. Y satisfechos por lo que somos. Y si Aquel que es mi dueño y mi amor cree oportuno llevarme no puede surgir la rebeldía, sino la gratitud y confianza por el amor depositados en mi vida.

Confianza porque este mundo no es el dueño final de nuestra vida, sino el Amor. Confianza en que El tenía un plan sobre nuestra vida, un proyecto sobre nosotros, en el que hemos puesto todo nuestro esfuerzo por desarrollar. Ojalá pudiéramos decir como Jesús en el momento de morir: todo está cumplido, todo lo que tú querías de mí está cumplido. Porque nos hemos abandonado confiadamente a la voluntad divina durante nuestra vida, podemos abandonarnos también a esta voluntad en el momento de la muerte para cumplir todo lo que Dios quiere o ha querido de nosotros. Hay un refrán lleno de sabiduría que dice que el árbol cae del lado que está inclinado. Pensemos de qué lado está inclinado el árbol de nuestra vida ¿del lado del Señor o del nuestro?

Puede que en el momento de la muerte nuestro corazón y todo nuestro ser tiemblen. Pero yo os invito a tener esperanza, hermanos y hermanas, porque en nuestro temblor podemos hacer presente y presentar ante el Señor el temblor de tantos hombres y mujeres que sufren injusticia y que mueren solos, en la indigencia o en la violencia más deshumanizante.

Estamos llamados a realizar un servicio que será en beneficio de todos. Lo que hace que nuestra vida y nuestra muerte sean insustituibles porque llevaremos grabadas en nuestra alma la huella de los otros. Esos otros que han podido agarrarse, aferrarse, tocarnos, rodearnos, acariciarnos y hasta maltratarnos en algunos casos. Pero todas sus huellas serán presentadas ante Dios en nuestra muerte, todos ellos serán presentados ante Dios desde nuestra persona. Por eso nuestra muerte no nos pertenece. Se la hemos entregado a ellos porque les hemos entregado toda nuestra vida, ni un rincón de nuestra existencia está reservado para nosotros.

Si nuestra obediencia no ha sido un instrumento para sujetarnos a unas reglas y normas como camino de salvación, sino que nos ha atado a todas las esclavitudes de nuestra sociedad para liberarlas, al dolor y sufrimiento de los hombres para llevarles consuelo y luz; si ha creado en nosotros entrañas de misericordia; si nuestra obediencia nos ha unido y es manifestación de la obediencia y amor de Cristo, de un Cristo que se vació, que se despojó, que lo entregó todo a la humanidad, podemos entonces salir victoriosos de este trance y decir a la muerte lo que le dijo Jesús a los soldados en Getsemaní: ¿a quién buscáis? Soy yo.

4. Conclusión

No me gustaría que mis reflexiones dejaran un color oscuro en esta mañana, por eso si hablamos de obediencia hasta la muerte no podemos dejar de hacer mención a la luz que a la existencia de los hombres, y a nuestra propia vida como consagrados, trae todo lo dicho anteriormente. La obediencia es como nuestro hábito dominicano, blanco y negro. Lo negro ha quedado descrito suficientemente, de lo blanco se han ido dando pinceladas pero quiero insistir en este aspecto.

Obedecer hasta la muerte es vivir obedientemente resucitados. Y vivir obedientemente resucitados es hacerlo reconciliados con la creación, con la humanidad, con el hecho de existir, llenos de sentido. Situados ante la realidad de forma responsable, con solidaridad y con la firme confianza de que lo negativo y lo absurdo no tienen la última palabra. Que nuestro Dios es un Dios de vida, dador de vida plena, que ha dicho no a la negación de la vida, ha dicho no a la muerte que destruye.

La vida es más fuerte que la muerte. Por eso podemos morir sin temor. El poder liberador de Dios es más fuerte que el pecado y la opresión, por eso obedecemos sin temor sabiendo que nada puede atar nuestra libertad porque esta se encuentra en las manos de Dios. El actúa nuestra libertad.

Obedecemos hasta la muerte para que la vida surja con toda la fuerza, el poder y el Espíritu que trajo la resurrección de Cristo.

